

PARÍS

I

El Alojamiento

Todo el mundo se forja sus ilusiones allá, en los recónditos estantes del pensamiento.

La que me había acariciado, hacía tiempo, era la de vivir en una isla, á toda costa; vagar por ella como uno de tantos Robinsones y, solo conmigo mismo; sin leer los periódicos, ni estar al *habla* con el mundo civilizado, ni habérmelas con los líos que se traen y se llevan los mortales, sobre la costra terrestre.

Estas teorías civilizado-salvajes las ratifico hoy más que nunca. Del modo que van volviéndose los hombres, egoístas los unos y majaderos algunos; del modo que van brotando redentores por docenas que, á pretexto de hacernos felices tratan de suprimir la humanidad por vías expeditivas; del modo que la caridad se pierde y nos quedamos sin fe y se larga la esperanza con la música á otra parte, muy pronto será imposible vivir en los continentes.

No sé si será porque se han llenado demasiado y en ellos los hombres viven espesos, ó porque faltan terrenos laborables y comarcas olvidadas, ó porque hay más personas que víveres; y no lo sé por falta, en este momento, de estadísticas (que no

leería tampoco). Es el caso que, si siempre la vida continental fué una carga y el mundo un valle de lágrimas, hoy día hay más lágrimas en el reparto de las que corresponden en el sufragio de las penas, y el hombre, que algo lleva adelantado en muchas cosas, en cuanto á felicidad se encuentra peor que en las ciudades lacustres, según han hecho constar las últimas escavaciones y recientes descubrimientos.

Por esto, por haber cierta escama pública y un si es ó no es miedo privado, y como somos muchísimos los que buscamos la tranquilidad de espíritu en la soledad y silencio de una isla, las islas se van haciendo rarísimas, escasean en todas partes y pronto no se hallará ni un islote por un ojo de la cara.

Lo grave en ellas y el inconveniente que tienen es que, generalmente, las islas están « rodeadas de mar por todas partes », y esto para el ser terrestre no aficionado á los embates marítimos, es inconveniente gravísimo y, si encontrar una isla salobre es ya difícil, el hallarla rodeada de agua dulce, aunque no sea potable, va siendo tan peliagudo como en España hallar un buen gobernante en la clase de políticos.

París mismo, en donde hay de todo, en donde abunda lo malo como lo bueno, no tiene más que dos islas que se puedan llamar tales: *La Cité*, harto conocida por haberse ocupado de ella mi colega Víctor Hugo y otros no menos diligentes y aguerridos escritores, y San Luis, que es la nuestra y que nos servirá de albergue, si alguna inundación ú otro percance de los que sufren las islas, no nos echa otra vez al fermentado y funesto continente.

La isla de San Luis era habitada ya antes de llegar nosotros. En ella hay casas, calles, empedrados, aceras y alcantarillas, y todo el jaleo de una urbanización completa; tiene iglesia, capitanía de puerto, un sinnúmero de farolas y un sin fin de faroles; gasta muelles, emplea algunos municipales de los de día y vice-versa, es puerto de río con embarcaderos y al contrario, y brotan en sus playas fértiles algunos árboles bastante corpulentos y fornidos. Confina por todas partes con París, pues se halla enclavada en medio; únenla al continente tantos puentes como pudiera desear para mi soñada isla, y rodéala el mismo Sena, ese fatídico río, gracias á cuya bifurcación debe este trozo de tierra la cualidad de ser isla y nosotros la esperanza de un refugio sosegado en medio del gran bullicio.

Porque esta tierra de isla es tranquila como un sueño de los que salen tranquilos. Aquí, según nos han informado, nunca pasa nada, á no ser los vapores golondrinas que se deslizan silenciosos; aquí la gente es pacífica y dedicada á la noble pesca con caña; hay calles solamente porque sí; por no ser demasiado pastoril y porque de algún modo debían ponerse las casas, pero sin coqueterías de estilos arquitectónicos; el río apaga el ruido del mundo y de sus afueras, las luces se apagan, sin duda, por ellas mismas y todo calla por mandato de la augusta soledad y convida todo al recogimiento. Hombres y cosas, grandes y pequeños, son de natural quieto, gente retirada del continente de ahí cerca; paisanos aburridos, hombres filósofos y seres que esperan turno en el altar de la gloria.

Ya se puede comprender, dado lo dicho, que tal

isla había de ser el ideal de nuestros sueños, pero aumentado y corregido; que, ni encargándola al gran constructor de islas, nos la hubiera construido más á gusto, y que nos pareció un regalo del cielo. Bajamos de cuando en cuando á visitarla como á una persona amiga, la veíamos de lejos codiciosos; comprendíamos su alma y la queríamos; y nuestro único deseo era vivir en aquel tranquilo oasis y dormirnos como focas ó sirenos en su seno, cuando un día, *una hermosa mañana de noviembre*, la suerte nos puso delante este letrero:

Appartement meublé à louer

Salle de bains.....

Y para detalles, *buscarlos* á la portera.

¡Válgame el apostolado, las once mil vírgenes y los mártires de Zaragoza! Subimos, preguntamos, escalamos y, cuando vimos el piso, por poco nos caemos cada cual con su vahido respectivo. ¡Qué espesor de muebles y qué enredo y trapeo de cortinajes! ¡Qué lujo desenfrenado! ¡Qué caudal hermoso de cosas inútiles para nosotros y qué tentador despilfarro! ¡Quién había de decirnos que en las islas se hallaran cosas de esas que se ven por dentro en las comedias de Dumas. Que todo aquello se alquilaba. ¡Santo Dios! y que pagando alquiler se podía vivir lo mismo que *traviatos* ó *Frous-Frous*, ó como el *Maître des Forges*! Porque en la casa no se podía dar un paso sin temor á tropezar con vajilla de la China, con perritos hechos de auténtica porcelana, ó con chirimbolos co-

locados al encuentro del curioso forastero; teníamos que vigilar los pliegues del sobretodo para que no dieran con algún busto en el suelo; teníamos que vigilarnos nosotros en nuestra propia persona para no dar de bruces contra un espejo, teníamos que orientarnos con la brújula por entre aquel laberinto de muebles de todas clases.

Decididamente, no había más remedio que alquilar todo aquello, y lo alquilamos. Para ello tratamos con la propia propietaria, que dejaba esta hermosura de piso para ir en busca del sol, huyendo de la niebla, aquel sol que nosotros habíamos dejado, y aquella niebla que íbamos á gozar. Era la dueña, á más de viuda, joven aún y ya teñida de un rubio claro y sumamente dorado; parecía una Sarah Bernhard isleña, hablaba con gran cariño de la isla, secundada por nosotros, que llorábamos casi oyendo los merecidos elogios de este pedazo de tierra; tenía su poco de tosecita, y por más que parecía romántica, nos resultó positivista en el manejo de ponderarnos el piso, la vista, el *confort* y demás circunstancias *físicas y morales* de la casa, y haciéndonos pagar lo que de ella quiso, abusando de nuestro entusiasmo, lo que nos sirvió de enseñanza provechosa de la vida, ganando lo perdido en vil metal, en útil y sanísima experiencia.

Arreglados y conformes de alquiler, pasamos al inventario. Es decir: empezamos apuntando mueble por mueble, y chirimbolos pieza por pieza, hasta que, como acontece en el cuento de los corderos de Sancho del « Quijote », cansóse ella de contar y nosotros de escuchar aquella teneduría, y el inventario se fué quedando en proyecto y los muebles sin re-

cuento, con gran descanso de la patrona propietaria y con alivio de mareo colectivo de los ya abatidos y nerviosos inquilinos.

Hicimos, sí, el inventario-proyecto, al quedar solos, curioseando todo aquello que nos dejaban para nuestro uso y consumo. En la cocina, fué tal el enredo de cacerolas, de formas inservibles, que encontramos, de pucheros ideales, de sartenes platónicas, de instrumentos para asar animales que nunca habían de entrar en casa; de cuchillos para cortar de un solo tajõ bestias de mar y de tierra, de garfios y torturadores de una inquisición culinaria; fueron tales, decimos, las cosas que, sin saber para qué sirven, hemos de llegar á la hora de la muerte que, para no hallarla allí mismo por ignorada explosión, acordamos no hacer uso inmediato de toda aquella batería, aguardando á tener más experiencia en el ramo y manejo del arte del cocinero.

Ya en el comedor fué otra cosa. Allí, á no ser un armario, lleno de bote en bote de vajilla de *convitados*, de la llave del cual ni siquiera quisimos encargarnos para evitar roturas y otras desgracias del *hado*, que siempre piensa como podrá aburrir al prójimo; lo demás no tiene nada que se remonte á las fronteras de muebles extraordinarios. Uno hay tan sólo, extraordinario á nuestro sexo, que andaba y no anda ya, ni creo que ande más en los días de su vida. Fué una máquina de coser que nos dejaron, con ayuda de la cual quisimos cosernos un botón del sobretodo. Resistióse ella en gran manera, nos empeñamos nosotros en que cumpliera su misión sobre la tierra, apretamos el manubrio, y de resultas de la brega y alguna explosión en sus interioridades,

saltó la aguja, una rueda y otro chisme, que sólo Dios sabe su uso.

Pasemos á los salones con el respeto que por su brillantez se merecen, y descubrámonos. Aquí todo son muebles de lujo; de estos muebles que no servirían para nada, á no estar en poder nuestro, que los usamos y abusamos, puesto que los pagamos por auténticos. Sillones de esos que se guardaron bajo funda, libros que se tuvieron bajo encuadernación lujosa, chimenea que no se encendió jamás, cuadros cuyos marcos no habían servido más que para sus cuadros propios hasta la hora presente, y que han de servir para los nuestros, con perdón de los pintores que encuadraron, pasados á mejor vida; y finalmente destacando entre un enjambre de cosas vagas, incoloras é inservibles, el negrísimo piano, siempre abierto, y siempre con varias manos encima que lo despiertan del sueño en que se viera sumido hasta la hora presente.

Los cuartos de dormir hay cuasi que adivinarlos, en tan profundísima penumbra están metidos, y en tal obscuridad les dejaron por sus pasados pecados. Hay en ellos dos camas á toda anchura, un cajón dormitorio, que se convierte en otomana por el toque de un resorte y obra de encantamiento, y otra camita estrecha para todos y corta para mi persona, no por culpa de ella misma, sino de mis propias piernas, más largas de lo que ordenan las sapientísimas estéticas. Hay además un armario-espejo como en toda casa que merezca el nombre de tal, sillones para sentarse, y otros objetos múltiples y variados; pero el *clou* de todo esto, es el tocador modelo, para cuyo manejo y dirección se necesitan tres

cursos de mecánica con nota sobresaliente. Si uno toma una llave que no es del caso, se inunda el cuarto de tal modo, que la alfombra no basta para engullirla ; si se toca un resorte sin cuidado, á medio enjabonarse la persona se queda enteramente en seco, y hay que acabar el lavatorio con el agua de la alfombra ; si se tira de un pomo dorado tentador, se oye un ruido de cascada que parece que el Niágara anda por dentro del piso ; una espita existe, tan rara que no nos hemos atrevido á probar sus funciones por temores y vagos presentimientos.

Pero si el uso de las aguas es difícil, más lo es el de los perfumes de la viuda que se quedaron olvidados, con los cuales nos perfumamos y se perfuma á todo el que se presenta. No llega visita que no se vuelva con olor de violeta, ó heliotropo, ó ácido fénico, ó creosota, que de todo existe en la *toilette*, y hay que andar con más precauciones que si estuviéramos en casa del boticario. Todo son olores en la casa y en la isla ; todo huele á perfume de la viuda, de tal modo todo se resiente de esta mezcla de odoríferos, que hasta este largo capítulo, temo, huela á cansancio, y por lo tanto concluyo.

Aquí estamos instalados y dispuesto á escribir impresiones. No nos falta panorama. Los dos brazos del Sena abrazando estos solitarios muelles ; *Notre Dame* en frente con sus torres gemelas y su esbeltísima osamenta ; *El Pantéon* á un lado y el *Hôtel de Ville* al opuesto ; los millares de casas que por doquiera se dominan, el rumor del gran París á lo lejos, la tranquilidad de cerca, y sobre todo el que la isla sea *isla*, hacen de ella un punto de hermosa calma y dulce recogimiento.

II

El personal

Una vez enterados, por mi capítulo anterior, de la topografía y situación de la isla que habitamos, del piso en que vivimos y otros detalles, contados con una minuciosidad que raya en abuso de confianza, seguiré abusando, á pesar de sentir asomos de arrepentimiento, y daré pormenores biográficos del personal que puebla nuestras habitaciones, hiriendo á traición, en el relato, la modestia de mis queridos amigos y contando en letras de molde lo que sepa de sus artes y virtudes.

Compónese el personal de cuatro personas distintas y cuatro naturalezas. Son las tres primeras, las de Jordá, Uranga y Zuloaga, y es la cuarta la del que firma, de la cual no hablaré por ser la que me es menos conocida y tengo menos estudiada. Las cuatro están reunidas por los vínculos del arte, por el afán de hallar en el trabajo un descanso que ha de ser definitivo y seguro, según promesa de gente que entiende en estas cosas, por la fe en los goces del espíritu y la profunda admiración en las cosas de la plástica ; por una esperanza que raya en lo candoroso, y también (aunque sea cursi hablar de patria en estos momentos no históricos) también para poder hablar nuestra lengua cuando el corazón nos lo demanda, y acuden los entusiasmos con tal prisa, que no se pueden soltar en lengua ajena sin que ella salga atropellada y atropellados nosotros.